

Fernando Vallejo
Almas en pena chapolas negras

ALFAGUARA


ALFAGUARA



© 1995, Fernando Vallejo

© 1995, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

De esta edición:

2008, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Calle 80 No. 10-23

Teléfono (571) 6 39 60 00

Fax (571) 2 36 93 82

Bogotá

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Avenida Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

- Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Avenida Universidad, 767, Colonia del Valle

México, D.F., 03100

- Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

ISBN: 978-958-704-652-6

Impreso en Colombia

Primera edición en esta Biblioteca: septiembre de 2008

Diseño de cubierta: Ana María Sánchez

© Imagen de cubierta: Silva con su familia en una finca de la sabana

© Foto del autor: Alejandra López

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Colombia no tiene perdón ni tiene redención. Esto es un desastre sin remedio. El 24 de mayo de 1896, a las cuatro o cinco o seis de la madrugada (pero la hora exacta sí no la sabe ni mi Dios), José Asunción Silva el poeta, nuestro poeta, el más grande, se quitó la vida de un tiro en el corazón. Se lo pegó con un revólver Smith & Wesson, dicen que viejo. Dicen, dicen, dicen, ¡tantas cosas dicen! Y que los primeros amigos en llegar a la casa, enterados de la noticia, se encontraron a doña Vicenta, la mamá, desayunando tranquilamente en el comedor, y que les dijo: «Vean ustedes la situación en que nos ha dejado ese zoquete». ¡Zoquete! En la palabra está la verdad de la frase. Ya nadie la usa. Hace años y años que la discontinuaron, que también se murió, como nos iremos discontinuando y muriendo todos: hombres, perros, gatos, hoteles, barrios y ciudades. Y lo que más gusto me da: papas y presidentes, rateros, mentira hipócrita, granujas todos.

¡Claro que doña Vicenta tuvo parte en la muerte de su hijo, y no sólo porque lo trajo a este mundo a sufrir! Por algo más. Porque no comprendió que hay una cosa vaga, indefinible, inasible, que se llama el espíritu, y que era inmenso el de su hijo, vastísimo, tan in-

conmensurable y lúcido como no había otro así en esa Colombia suya de tres millones, y como no lo hay tampoco en esta nuestra de treinta y tres. Treinta y tres millones que juntándolos a todos no hacen un solo individuo que valga.

Conocí a José Asunción Silva siendo yo un niño: en un cuadernito de versos, manuscrito, que me encontré entre los papeles de mi padre y que no sé quién copió. Tal vez él. Estaba escrito con una letra muy hermosa, con una caligrafía de esas que se lograban con las plumas de antes, de antes de las plumas fuentes, que había que estar metiendo y sacando, metiendo y sacando a un tintero y de él, pero que daban trazos gruesos o finos, amplios, fluidos, elegantes, esbeltos, y con las que yo aprendí a escribir, allá en Medellín y en mi remotísimo pasado. ¿Cuántos años tendría yo entonces, cuando leí por primera vez a Silva? ¿Nueve? ¿Diez? ¿Once? Ya no me acuerdo. Me acuerdo que eran las seis de la tarde, cuando en Medellín oscurece, y que estaba en el vestíbulo de mi casa llorando por él, por sus versos, la milagrosa belleza de esos versos suyos que me inundaban el alma, y porque se mató, lo matamos, nosotros, Colombia toda que no tiene esperanza ni perdón.

¿Pero si sabía yo que Silva se había matado, quién me lo dijo? Sin duda mi padre, aunque no de su propia iniciativa pues habiéndose matado, también de un tiro, a los veintidós años, su hermano, ¿qué iba a hablar de esas cosas! Me lo dijo porque se lo pregunté. Y si le pregunté por Silva es porque ya lo había encontrado, ya lo había leído. ¿Entonces? ¿En qué quedamos?

En nada, no quedemos en nada. O sí, en que si no lo-
gro precisar ni lo que me pasó a mí mismo y cuándo
leí por primera vez a Silva, ¡qué voy a poder precisar
lo que le pasó a otro, a él, que murió hace cien años,
esa pobre vida ajena perdida en el desbarrancadero del
tiempo, en el pasado común sin fondo, más remoto,
más brumoso, más insondable que el mío! ¡Claro que
no!

El tiro eterno, ineluctable, del revólver viejo, de-
bió de sonar enmohecido, apagado, porque en la ca-
sa nadie lo oyó: ni la madre, ni la hermana, ni la cria-
da. Cuando la criada vino por la mañana a despertarlo,
a traerle el té, lo encontró muerto. ¡Ay poeta, y cómo
vamos a seguir los que aquí seguimos, sin rumbo fijo,
ni cierto ni mentiroso, a la deriva en este mar de ruido!
¡Si todas las mentiras ya las gastamos, las devaluamos,
y ya ni nos podemos engañar! Dios, el pueblo... ¡Cuál
Dios, cuál pueblo! Dios no existe y el pueblo es la chus-
ma paridora.

Voy a empezar por contar aquí algo que nadie sa-
be entre los vivos aunque sí lo debieron de saber mu-
chos entre los muertos: los que leyeron *El Diario Na-
cional* del sábado 24 de mayo de 1919, vigésimo tercer
aniversario de la muerte de Silva. En primera plana,
ocupándola casi toda, aparece un reportaje de G. Pé-
rez Sarmiento con la madre y la hermana del poeta,
un reportaje que pretendía no serlo. Dice el repórter
o cronista o como se quisiera él llamar, que en la casa
de ellas, situada a poca distancia de aquella otra don-
de hacía veintitrés años se había matado Silva, lo reci-
ben doña Vicenta y Julia «como a un amigo», sin saber

que en seguida él iba a escribir para el periódico sus «impresiones» y a repetir sus palabras. «Esto pues no es una interview», dice el sofista. Y acto seguido repite lo que le dijo doña Vicenta: «Siempre recuerdan la fecha de la muerte de José; siempre en este día hay admiradores de mi hijo que vienen a visitarme. ¡Es un cariño especial el que tienen a la memoria de José! No me lo explico: ha habido tantas gentes de talento a quienes se tienen olvidadas...» Y hace una pausa. Observan eso: que no se lo explica. A los veintitrés años de la muerte de Silva, y cuando todo el idioma ya lo ha consagrado como uno de sus más grandes poetas, ella no se lo explica. ¿Sería señorío, modestia de ella? ¿O sería más bien que a pocos meses de su propia muerte (ella murió el 3 de enero del año veinte), doña Vicenta Gómez Diago viuda de Silva todavía no entendía que su hijo no fue cualquier hijo de vecino, liberal o conservador, de los que hoy siguen votando y empuercando las calles? Por equidad, porque no tengo intenciones de sostener aquí ninguna tesis ni nada de nada, voy a consignar la continuación de sus palabras: «¡Me parece que lo estoy viendo! La barba negra sobre el pecho, los ojos... Hoy no hay en Bogotá un joven que tenga la belleza varonil de José... Como le he dicho, constantemente vienen aquí a visitarme admiradores de José: aquí vino Zamacois, Tablada, muchos extranjeros...» ¡Pobre señora! ¡Pobre José! José Asunción Silva que se había convertido ya para entonces en etéreo monumento nacional sin estatua porque la mezquindad nuestra no daba para tanto y su tumba, en el cementerio de los suicidas, en curiosidad turística. Uno

iba a verla como antes, viviendo él, iba uno a ver el «Palacio de Cristal» de José Bonnet, un edificio de tres pisos con ventanas de vidrio. A Zamacois, el que menciona doña Vicenta, le dijo el cochero que lo llevaba al cementerio, a la visita de rigor: «Como el pobre se mató y la Iglesia no lo perdona y Bogotá no se ocupa en obtener su perdón...» Después de 34 años de hablar y hablar y de proponer proyectos (que una escultura en mármol blanco de cuerpo entero, que un grupo escultórico mejor), le hicieron por fin su monumento: un bustico sobre un pedestal que instalaron en el Parque Santander, ex plaza de San Francisco, donde había nacido el poeta, y de donde lo mudaron a un lado, a otro, a otro, hasta que hoy día ya nadie sabe ni dónde está. ¿Dónde está Silva, la estatua? Ni en la mismísima Casa Silva saben dar razón.

Pero no nos desviemos en inciertas glorias de mármol que vienen y se van y volvamos a lo concreto, a la entrevista, a la hora en que Silva se mató, la que digo que no sabe ni mi Dios. He aquí las palabras de G. Pérez Sarmiento resumiendo las de Julia la hermana, Julia Silva de Brigard: «Ella habla al cronista de la noche trágica de hace veintitrés años. Su alcoba quedaba cerca a la de su hermano: no oyó el ruido de la detonación. Ni ella ni su madre vieron el cadáver del suicida. La vieja criada, reliquia de la familia, que lo encontró muerto, ya murió... Ellas habían ido a misa; cuando llegaron conocieron la desgracia. Habían permanecido juntos, con algunos amigos y amigas, hasta cerca de las doce de la noche. José Asunción había estado como siempre: alegre, hablador... Había recitado algunos de sus versos».

Estas citas en indirecto a mí me gustan más que abriendo y cerrando comillas, sobre todo tratándose de entrevistadores de hace setenta y pico de años que no tenían más grabadora que la infiel de sus memorias. Mientras va uno a escribir lo que le dijeron y llega a su casa tergiversa las palabras. «José Asunción había estado como siempre», escribe el cronista. Pero lo que le dijo Julia exactamente y lo que uno tiene que leer es «José». José a secas como lo llamaban su familia y sus amigos, y como se firmaba, sin el «Asunción» ridículo: «José A. Silva, siempre su amigo y affmo. y s.s.» ¿Su «afectísimo y seguro servidor»? ¿Como se firmaba mi abuelo!

En abril de 1908, en Barcelona, Hernando Martínez publicó la primera recopilación en libro de los poemas de Silva, con prólogo de Miguel de Unamuno. No bien la conocieron en Colombia y pusieron el grito en el cielo. Que era un atentado, un adefesio, una profanación. Guillermo Valencia, un poeta petulante y aburrido, corrió a escribir un artículo miserable contra Unamuno dizque en desagravio de Silva. Nada les parecía bien. Ni el forro, ni el papel, ni las ilustraciones, ni el prólogo. Que nada estaba a la altura de Silva, que él se merecía otra cosa. ¿Por qué entonces si se merecía otra cosa no se la habían hecho ya en Colombia en los doce largos años transcurridos desde que se mató, y tenían que esperar a que el libro viniera de España? Es que Colombia es así: buena para hablar y criticar, nula para obrar. Todo se les va en palabrería y proyectos de borracho, y no llegan en su conjunto ni a ser un mísero proyecto de país. Ése es un pobre con-

glomerado de almas en pena, asesino, borracho, mezuquino, loco. En fin, quiero hablar de otra cosa, del prólogo de Unamuno que es un escrito muy bello, lleno de admiración y comprensión por Silva y en el que se refiere a Colombia —¡mire usted!— como a «un país de encanto». ¡Claro, nunca lo conoció! Por eso, porque no conoció a Colombia ni por supuesto a Silva, mi asombro ante lo que dice en ese prólogo: «Días antes, pretextando consultarse sobre una enfermedad, hizo que el médico le dibujara en la ropa interior el corazón, por el que vivía y por el que iba a morir. Metió en él una bala. La noche antes leyó, como de costumbre, en la cama. Dejó el libro abierto, como para continuar la lectura. Era una mañana de domingo; su familia en tanto asistía a los oficios religiosos del culto católico, a rogar por los vivos y los muertos». ¿Cómo supo todo esto Unamuno? Lo del dibujo del corazón lo contó Juan Evangelista Manrique, el médico que justamente se lo marcó a Silva sobre el pecho, pero lo contó en París, en un artículo de la *Revista de América* de 1914, ¡seis años después! En cuanto a que la familia estaba en la iglesia cuando Silva se mató, ni antes se había escrito sobre ello en Colombia ni nunca después se escribió. Es algo que sólo se menciona en ese reportaje de *El Diario Nacional* que he transcrito, que es de 1919 y que ya nadie conoce. ¿Cómo supo Unamuno en España y en 1909 estas cosas? ¿Se las contaría Hernando Martínez, el recopilador? ¿O acaso el mismo Juan Evangelista Manrique que andaba entonces de Ministro de Colombia en Francia y España? Para mí es un misterio.

Contra lo que se ha pensado pues durante tantísimos años, y lo que siempre escriben los que escriben sobre Silva copiándose como loros, cuando el poeta se mató ni su madre ni su hermana ni la criada estaban en la casa. Estaban las tres en misa, pidiéndole quién sabe qué necedades a Dios, que no oye. Por eso no oyeron la detonación. Cuando de regreso a casa la criada fue a despertarlo lo encontró muerto. Iría como otros días a llevarle el té, que era lo que él tomaba. Silva se mató pues con luz de día, en la mañana, y por más señas un domingo, día del Señor. Un día lluvioso de difuntos, como el de su poema... Y su cuarto no era el cuartico independiente que está a la derecha del comedor como escribió Daniel Arias Argáez, de soberbia desmemoria, y como cree hoy a pie juntillas la señora que dirige la llamada «Casa de Poesía Silva» quien tiene allí, en ese cuartico, su oficina, convencida de que despacha donde Silva se mató. No señora. Sí está usted en la casa correcta —la de la Calle 14 número 13 en los tiempos de Silva y número 3-41 en los nuestros—, pero en un cuarto equivocado: no fue en éste: fue en alguno de los del otro lado, de los que están en serie a la izquierda del comedor. Vaya pues pasando usted su escritorio y anexas ganas de mandar a otro cuarto para que así pueda decirles a sus visitantes con fundamento si es que le atina: «Aquí justo donde me ven, donde estoy sentada, fue donde Silva se pegó el tiro». ¿Y «casa de poesía» dice usted? ¿Como si fuera «turrón de almendras», «mesa de palo», «sopa de fideos»? Le falta el «la» señora, está mal. Debe ser «casa de la poesía», con artículo. Por lo menos en esa Atenas sudamericana o

país de Caro y de Cuervo donde hablan tan bien. Póngaselo. Sáquelo de donde sea, de ese basurero de versos contemporáneos que allí se leen, en ese santuario-recitadero.

La casa donde Silva se mató, como ven, por milagro del Señor no la han tumbado. En ese país de la destrucción donde todo lo tumban se escapó. Sobrevivió por décadas convertida en una vecindad cuyos habitantes la dejaron en ruinas y hoy, restaurada, es el centro de la poesía de Colombia. Bueno, dicen ellos, yo no. Poetas lo que se dice poetas en mi modesta opinión ya no hay. Se acabaron como se acabaron las rimas buenas. Las que había ya no daban para más. Silva mismo se gastó unas de las pocas que quedaban sin chotear, y de las más hermosas: «narra» y «barra» y «guitarra», en esa «Serenata» suya que sigue arrullándome el corazón desde lo más oscuro de su noche y su tragedia, desde el fondo de su pasado.

El cadáver lo metieron en un ataúd en que no cabía y a la cabeza, que tras el disparo quedó inclinada hacia adelante y torcida impidiendo con su rigidez cerrar la tapa, hubo que cortarle el músculo del cuello para que dejara, y entrara el muerto como debe entrar todo muerto que se respete en su nave eterna: boca arriba. ¿Se imaginan a uno en semejante trance y viaje «per aeternitatem» boca abajo, al revés?

Salieron con el muerto de la casa rumbo a la oficina médico-legal a que le hicieran la autopsia, de paso para el cementerio. Llevaban el ataúd, en sus hombros, Julio Flórez, Federico Rivas Frade, José Lizardo Porras y Clímaco Soto Borda, quien se lo contó a José Uma-

ña Bernal, quien se lo contó a Enrique Santos Molano, quien me lo contó a mí que lo estoy contando. A falta de testimonio mejor, de uno escrito y santificado por la infalibilidad de la letra impresa, se van a tener que conformar entonces con eso. No hay más. Se quejaban los brahmanes a Alejandro de que sus palabras, al tener que pasar por una larga cadena de traductores para llegar a él, le llegaban como el agua enturbia-da en muchos canales. ¿Y su queja qué? pregunto yo. ¡También! Así será esto aquí, agua turbia, pero que es mejor que nada. De cuantos conocieron a Silva los últimos hace mucho que murieron. Algo se alcanzará a ver a través de la turbiedad del agua. Silva estaba quebrado, se le había muerto su hermana Elvira a quien adoraba, había fracasado en Caracas como diplomático por quererle quitar el puesto al embajador, sus escritos se le habían perdido en un naufragio, su madre era una encimosa, y para colmo de males había entrevisto que la vida, esto, no va para ninguna parte. ¿Cómo no querían que se matara?

Lloviendo sobre mojado la Iglesia lo excomulgó. ¡Como si se pudiera excomulgar, esto es, expulsar, a quien ya estaba afuera! Hacía tiempos que Silva no pertenecía al rebaño eterno, que no sacaba la lengua como tarado para que le dieran obleas insubstanciales de pan ázimo. Claro que con la excomunión no lo podían enterrar en camposanto, ni podía él tampoco entrar en alma al reino de los cielos para el que la Iglesia le negaba su exequátur. ¡Y qué! Tierra es tierra, santa o no, y gusanos son gusanos y son los que se comen el alma. Y como no sea en la imaginación de los po-

bres de espíritu del Evangelio el reino de los cielos no existe. ¿Y me podrá explicar alguien a propósito, sin desbarrar, qué se quiso decir con eso de que «los muertos entierren a sus muertos»? ¿No ven que los muertos no ven? ¿Ni oyen ni asuntan ni caminan, ni pueden por lo tanto cargar féretros? ¡Pendejos! Sólo los vivos podemos enterrar a los muertos, aunque sigan ellos mandando y pesando sobre nosotros. Nos dejan todo: las casas, los carros, las palabras, los mitos, la mentira, el televisor. . . ¡Y hasta las alcantarillas y los cables de la luz! A nosotros Silva nos ha dejado unos versos, de los más hermosos entre los más hermosos que se hayan escrito en este idioma. Y su verdad. Que fue ninguna.

Pero dejémonos de metafísicas y sigamos con el entierro y los que llevaban el féretro, que les quiero presentar. Julio Flórez, por supuesto, el famosísimo, no necesita presentación. ¿O sí? Sí. Está también muerto y olvidado y enterrado con todo y sus versos de cementerio. Ni quien se acuerde. Poeta de camposanto y fosa como Silva, y de calaveras con telarañas en las cuencas vacías de los ojos, la posteridad no se lo perdonó, mientras que a Silva sí. ¿Por qué? Porque Silva, como Poe, es maravilloso. Y como Poe capaz de enterrarse vivo en un poema. Por ejemplo en esas «Estrellas fijas» de tres estrofas tan sólo, pero terroríficas, desoladas, como la nada de Dios. Por cuanto a Julio Flórez se refiere, escribió él solito, mal contados (y sin contar los de sus tres hermanos poetas), unos diez extensos volúmenes de versos absolutamente inéditos. A Silva le dedicó en vida el poema «Anocheciendo», y post mortem tres poemas, cuando el entierro, en el cementerio, y uno

más, exculpatorio, muy hermoso, en que habla de un águila que se estrella contra una roca de basalto, escrito cuando corrió en Bogotá la voz de que habían querido profanar la tumba de su amigo. Alejandro Flórez, uno de los cuatro hermanos, para controlar un poco esta prolífica raza de poetas que crece y crece mató a un cristiano. Julio no, no tuvo mérito alguno demográfico. Anduvo eso sí por Venezuela, por Centroamérica, México, España, y murió en Usiacurí, a pocos días de haber sido coronado como el poeta nacional de Colombia. Y no me pregunten dónde queda o quedaba ese pueblo porque no sé. En la Costa tal vez.

Y sigamos con las presentaciones mientras llegamos al cementerio: Federico Rivas Frade, otro poeta, y cómo no en ese país de poetas. Tío de Silva por el lado paterno pero tío a medias. Es que Ricardo Silva Frade, el padre de José Asunción, era hermano medio o medio hermano o como lo quieran llamar de Federico. Escribió un libro que le prologó José Asunción, su sobrino, de versos sonsonetudos, asonantados, de rimas fáciles y amores fáciles a lo Bécquer, y tuvo con Clímaco Soto Borda un periódico titulado, fíjese usted, *El Rayo X*, que se ocupó en cuanto pudo de la memoria de Silva, y cuyo encabezado, en primera plana, rezaba así: «Director Casimiro de la Barra (Clímaco Soto Borda)». ¿No se les hace una verdadera locura ponerse uno un seudónimo para revelar en seguida, en un paréntesis, quién es? Era un loco. Clímaco Soto Borda era un loco: poeta también, y bohemio y periodista y prosista del disparate bufonesco, pero por quien siento una cierta extraña o indefinible simpatía. No